

mediable ictericia moral y piensan extender su perversa condición á todos y enfermarlos de su misma enfermedad, reunidos á los buenos ciudadanos, á los honestos patricios, á las matronas de un solo marido, á los virtuosos que abundaban entre tantas lacerias, á los republicanos de abolengo, á los partidarios que aún tenían las figuras históricas de Bruto y de Catón, componían una grande oposición alimentada por los vicios neronianos, por las muertes dadas en el Palatino á tantos personajes ilustres, por el reinado de tal envenenadora como Locusta, por los dineros que allegaban chalanes como Tigelino, por las borracheras imperiales vomitadas sobre los blasones de Roma, por las tabernas y las zahurdas convertidas en senados y los senadores en titiriteros, por vicios como los de Popea, por desgracias de la virtud y de la honra en Octavia, por tragedia como las tragedias de Bayas, por verdugos como el bárbaro Aniceto, por naufragios como los famosos de la noche triste, por agonías como la que sufrió Agripina, por crímenes como el parricidio, por terribles desacatos á la humanidad y á los dioses.



CAPITULO XVI

EL ARTISTA

— No sé cómo puedes con tu alma, Nerón, tras una tarde así — decía Tigelino al César, — después de una reunión artística en que los músicos tañeran sus instrumentos á porfía, los poetas recitaran uno tras otro en serie sus poemas y poemitas, los retóricos pronunciaran discursos muy bien aprendidos de memoria y muy bien hablados de prisa, los cómicos improvisaran escenas de conocidas tragedias en griego y en latín, hasta los atletas fingieran pantomimas en que así el emperador como sus cortesanos se divirtieron, y se gozaron mucho al término de aquellos esparcimientos del ánimo y recreos de la inteligencia muy propios á conservar la cultura clásica y aun á extenderla.

— No hay otro remedio, Tigelino; créete que no le hay para divertir el pensamiento de tristes objetos, alentar el corazón á lo grande y bello, dominar el mundo por las ideas, ya que, tras el reinado de Augusto, ido al trono en contraposición de César que representaba la guerra, para representar y sostener la paz en el mundo y en el espíritu, dominamos éstos, más que por la superioridad de nuestras fuerzas, por la superioridad de nuestra inteligencia. Déjame olvidarme así de los actos á que la Razón de Estado me obliga, de Claudio inmolado á mi poder, de Británico inmolado á mis celos, de Agripina inmolada por mi mano á mi libertad.

— Mucho se divierten los convidados con tanto placer intelectual como les ofreces y procuras, como ningún otro director de fiestas y espectáculos, aunque fuera hecho de encargo é imaginado por los primeros ingenios; pero un deber de conciencia me constriñe á decirte que gastas en todo ello grandes cantidades y con ello agotas el tesoro.

— ¡Oh Tigelino! ¿Por qué hablarme de cosas tales? ¿Por qué venir, tras una tarde muy estética y hermosa, con esas invocaciones al vil metal que abate bajo su peso bruto las dos alas del genio? Y á propósito del dinero, ¿qué noticias tienes de mi tía, la gran matrona propietaria, quien ha recibido de los progenitores suyos, míos también, oro y sangre; la cual tía estaba en trance de muerte, llevando ya muchas horas de agonía, en su hermoso palacio de Campania? ¿Por los dioses, no me ocultes, no, esto! Heredero único suyo, córreme prisa recoger su herencia; y la satisfacción que ha de traerme su patrimonio, compensa mucho la pena que ha de causarme su muerte.

— Pues te diré, te diré, Nerón, te diré—y Tigelino balbuceaba pesaroso de dar una mala noticia. — La maldita vieja se sacudió las pulgas á maravilla, saliendo remozada de su enfermedad. Con sus noventa cumplidos años parecía en el último trance de su vida, bajo la reciente dolencia, y se ha salvado de tan terribles asechanzas, hallándose hoy rodeada de su harén masculino, que la divierte, y más alegre que unas castañuelas, como si hubiera encontrado la Locusta, no del veneno y de la muerte, del elixir de la inmortalidad.

— Pues me contraría esto mucho. Yo contaba con sus tesoros destinados á enriquecerme para salir de muchísimos apuros que hoy están agobiándome. ¡Vieja maldita! Y no se muere, cuando que se muera le conviene al César.

— Recuerda que, amén de César, eres dios.

— Justo.

— Y que por dios dispones de la vida del género humano todo.

— ¡Luminosa idea!

— Mátala, Nerón, mátala.

— Sí, sí. Le hago un favor.

— Y sales de apuros.

— Me cuesta un poco de trabajo, porque su familiar Aniceto me ha prestado servicios grandes en el proceso y castigo de Agripina.

— Tira la vieja de un empujón al otro barrio, y castigarás con mayor severidad á tu madre cuando tope con ella entre las sombras del orco.

— Pues que la maten. Así como así, es reo de Estado por haberse permitido vivir en desdoro y en agobio del César. Le hacemos un favor, ahorrándole achaques de la triste ancianidad y gastándonos el oro, con avaricia por sus manos reunido, en bailarines y cantores. Que la maten, y no vuelvas á recordarme tal hecho, ni á decirme una sola palabra.

— Inmediatamente daré las necesarias órdenes, eligiendo un centurión de ánimo entero, brazo fuerte y afiladísima espada, para que le ahorre todas las penas posibles matándola de un piadoso golpe.

Y dió las órdenes.

— Consagremos todo nuestro tiempo á las letras y á las artes. Que sean las nueve Musas nuestros ministros. Que los cocheros del sol envidien á este coronado cochero. Que no toque Apolo su cítara como tañe la suya Nerón. Que si me canso de tañer, pueda empuñar la maza del divino Hércules y derribar á mis plantas los leones de Numea. Yo soy el mayor y el primero de los hombres. Pues necesito serlo en todo. Así, debo exceder á Timantes en pintura, y á Fidias en estatuaria, y á Virgilio en poesía, y á Orfeo en música, y á Demóstenes en elocuencia, y á todos en todo, pues los dioses no han podido en manera ninguna delegarme su representación en el sitio más alto de todo nuestro mundo sin delegarme también todas las virtudes conducentes á merecerlo y conservarlo. Yo estoy en la cima del mundo como los ruiseñores en la copa del árbol, no á vencer y oprimir, á cantar. Así, deben regalarme los oídos todos cuantos conciertos compongan los astros y animarme las venas todos cuantos jugos de voluptuosidad haya en la vida. Si quiero amar deben permitirme los hados que tome la forma de cisne, como cuando Júpiter de amores á Leda requería, ó la forma de toro, como cuando Júpiter de amores á Europa. Todo está permitido á mi divinidad menos el ocio. Cantemos, esculpamos,

bailemos; y gozándonos en el ejercicio de todas las artes, así como en el derrame de todas las ideas, recreémonos, acción que significa volver á crearse uno á sí mismo, por obra y por virtud y por sugestión de la poesía y del arte.

— Tú podrás cuanto quieras, porque los dioses te han delegado su poder material, por César que eres, y su poder espiritual, por poeta. Pero no dejes de curarte del gesto que ponen los poetas cuando recitas versos que á ellos los achican. Si no trajese aparejada la profesión de tal arte una irremediable cobardía, cree que te aspaban cuando los vences y los superas, créelo seguramente, Nerón.

— Ninguno, entre todos ellos, podrá rivalizar conmigo en materia tan grave como poetizar la romana Historia. Ennio lo hizo en lengua semi-bárbara y Virgilio no pudo pasar de los primeros míticos tiempos. Yo tendré fuerzas para ponerla toda en verso, porque únicamente yo puedo sentir en mis fibras el vínculo y el núcleo de los átomos confiados al aire por mis progenitores en sus tumbas y cremaciones, puesto que soy la última flor y el último fruto dimanados de sus raíces, que ahondan en los altares y en los sepulcros; el último descendiente de los amores divinos entre Marte y Venus; el último emperador posible. Así cantaré la llegada del dios Saturno á nuestro Lacio, trayendo el arado y la colmena; los dos rostros de Jano, vueltos al Oriente y al Occidente, al recuerdo y á la esperanza; el engendro de Rómulo, nuestro monarca primero, que distribuyó las estrellas en el cielo y las clases en el mundo y los tiempos en el calendario; aquellas procesiones del pueblo rey á la roca Tarpeya, después de haber asistido á los comicios y á los mercados, envuelto en blanco lino, de roble y encina cubierta la sien, precediéndole pacíficos bueyes con los cuernos dorados, de los cuales pendían multicolores guirnaldas; acompañándole innumerables recuerdos sacros que lo santificaban; y sobre un ara de mármol blanco presentando una cordera, blanca también, á la diosa, nuestra generatriz, que ha creado todos los seres con las atracciones de su amor y luego los conserva con el fuego de su vida.

— Lo cierto es que has compuesto un senado de poetas — le decía Tigelino, — y aunque todos á porfía trabajan, en verdad, nin-

guno puede llegar adonde tú llegas ni hacer lo que tú haces, así en materia de cántico cual en materia de poesía. Cuéntanme los esbirros haber visto mucha gente del pueblo sin más oficio que repetir tus canciones de puerta en puerta y recitar tus versos de oído en oído.... Ya he dicho que sean castigados como reos de lesa majestad aquellos que los escuchen alguna vez con irrespetuosa negligencia.

— Y has hecho bien, Tigelino; porque si comienzan por destronarme del Parnaso, concluirán por destronarme también del imperio.

— Entre tales devotos hay quien lleva en una caja cierta cuerda de tu lira, que dejaste olvidada en los jardines y que le regaló uno de tus esclavos. Y la enseña como un sacerdote las reliquias ó como un mago los amuletos. Y esta manifestación le vale muchos ases contantes y sonantes. Así repite las melodías inventadas por tu cacumen, tal y como las cantas en los jardines; y representa, lo mismo la tragedia de Antígona que la tragedia de Orestes, como sueles tú representarlas.

— No me nombres á Orestes, porque traes á mi mente fascinada los recuerdos de aquella noche horrorosa en la quinta de Baules, que ahora mismo persiguen con tenacidad mi persona y trastornan por completo mi seso con sus apariciones siniestras, arguyéndome de parricida como las Furias de parricida también arguyeron á Orestes.

— Pues hablemos de artes.

— No solamente debemos hablar de artes, sino profesarlas en público.

— Todo cuanto quieras, debe hacerse; todo cuanto anuncies, debe cumplirse.

— Yo, hasta el día de hoy, he tenido reuniones cortas, compuestas por gentes de mi propia profesión estética, las cuales gentes me maldicen y de mí murmuran. Persio, Lucano, Labeón y todos los demás que aquí se reúnen, dejan de mostrar el deliquio que les causan las obras de mi fantasía, por motivos de rivalidad y competencia. Pero en cuanto yo salga de lo privado á lo público, y me rodee por aquellos que verdaderamente me aman, teniéndoles cerca, y luego reúna frente á mí, como verdadero es-

pectador, el pueblo romano que me idolatra, no lo dudes, iré sobre los hombros de la muchedumbre al empíreo de la fama y de la gloria, como sobre los hombros de mis legiones he ido al empíreo del derecho y del poder. Estar dentro de un cubículo encerrado con mis émulos, equivale á estar dentro de una jaula encerrado con hambrientas fieras. Que se caigan las paredes interpuestas entre los pueblos y mi persona; que la luz del día ilumine mi figura; que al aire libre se oiga la cítara de oro tañida por mis dedos y en mis manos relumbrante; que la inspiración tome toda la colosal estatua de la idea mía y asombre á la plebe cuando la contemple produciéndose á mi esfuerzo creada y viva; que así me consagre su voto el primer poeta y el primer cantante nacido de mujer, como la sangre de mis venas y la herencia de mis abuelos me proclaman emperador y dios.

— Hágase tu voluntad.

— Por escrúpulos de susceptibilidad como también por consejos de Agripina reduje todas mis ambiciones á ser aplaudido en angosto espacio y por poca gente. Ahora me desquitaré, profesando mis artes en los estados mayores posibles y reuniendo los oleajes de las muchedumbres ante los teatros donde yo cante y represente.

— Harás bien. Los circos donde riñen las fieras, deben reemplazar á los Foros donde reñían los oradores. En las arenas mezcladas con sangre de gladiadores y de tigres, debe hallarse la levadura de cuantas fibras deba revestir en lo sucesivo el humano linaje. Allí se amasan las carnes. En tales grandiosos espectáculos todas las razas se dan cita y se reúnen todos pueblos. Lo que más en las profundidades entra de todas nuestras grandezas y más lejos lleva su renombre y fama es el circo, es el anfiteatro, es la naumaquia. Y allí adquiere su gran popularidad el César, jefe de los plebeyos. ¡Cuántas familias pasan la noche de claro en claro y al relente, sólo para tener un buen puesto en las graderías! Instituidos estos juegos por los hijos de la loba romana, en su celebración se identifican los pueblos con sus emperadores y los emperadores con sus dioses. El capitolio se abre antes de que las barreras del circo se cierren, y los dioses bajan en procesión antes de que los gladiadores se alcen á la lucha. Augusto gustaba tanto

de tales procesiones que, hallándose una vez enfermo, hízose conducir á ellas dentro de una litera. Los coros que las preceden y los carros que las cierran en tan crecido número y de tan sublime resplandor, sugieren al extranjero y al conquistado una idea por tal manera extraordinaria de la Ciudad Eterna, que cae rendido y la proclama diosa de las diosas. El mejor templo para reunir al Senado es nuestro anfiteatro. Allí lucen de tal modo que creen las muchedumbres en toda su fuerza y poder á la república, en toda su vitalidad al Senado tan reluciente; y no habla el Senado y no legisla y no discute, no hace nada de todo aquello que nos pierde y lo pierde. Cuánto que ver en los carros de matices varios, como si los hubiesen á la aurora encargado; en los cuatro colores vestidos por los cien cocheros; en la compasada cadencia con que se mueven todos, parecida de suyo á sacros bailes; en los atletas untados de óleos olorosos y con actitudes parecidas á las que tomaban los simulacros y estatuas sacadas del mármol de Paris; en los grupos de cantores y bailarines adornados con túnicas escarlatas y cinturones áureos; en los pírricos que vibran sus lanzas despidiendo chispas y ciñen sus cascos de oro y sus sandalias de púrpura, danzando sin cesar; en los bacantes con sus pieles de tigre al hombro y sus coronas de pámpanos á las sienes y sus tirsos al puño; en los silenos, á quienes envuelven largos mechones de cabras y emborrachan copas rebosantes de mosto; en los actores de las atelanas que improvisan pasos y pasillos sobre los carretones ambulantes y sobre los tablados puestos por las encrucijadas; en los cuatro colegios de pontífices ornados con sus recamadas vestes sacerdotales; en las estatuas de mármol y pórfido y marfil y plata y oro, representantes de los dioses, conducidas en andas alrededor de las cuales van en tropel jóvenes y niños coronados de perlas; todos sobre alfombras de bien olientes flores y bajo velámenes de mil matices, cuyo conjunto recuerda y evoca el poderío inmenso y la divina majestad de nuestra hermosísima y omnipotente Roma.

— Yo no puedo sustraerme — dijo Nerón, comentando las descripciones arrebatadas y arrebatadoras de Tigelino, — al imperio y al influjo impuestos sobre mí por el prestigio y por el encanto de todos estos espectáculos. Y me parece que no gozamos de ellos y en ellos verdaderamente, si estamos fuera, si asistimos á su desarrollo

exterior y plástico meramente. Se necesita participar de ellos, vivir con ellos, ser algo en ellos mismos, representarlos como los actores, para ver cuál emoción despierta en el público la seguridad completa de que su emperador, no sólo reina y truena en el Palatino, sino en las tablas y en el circo. Yo quiero ser actor, yo quiero ser retórico, yo quiero ser cochero, yo quiero ser abogado, yo quiero ser flautista, yo quiero ser cantante, yo quiero ser trágico, yo quiero ser niño y viejo, animal y dios, César y siervo, guerrero y cortesano; yo quiero serlo todo, sentirlo todo, para todo abrasarlo y diluirlo en las llamas intensas de mi amor. Como los actores por su oficio representan toda clase de papeles, para satisfacer esta grande ambición, quiero ser actor.

— ¿De veras quieres ser actor?

— ¡Vaya si quiero!

— ¿Y has consultado esto con tu maestro Séneca?

— Ciertamente.

— ¿Y qué dijo su alta filosofía?

— Que si comienzo con mesura y voy por grados, podré llegar á todo sin mengua de ningún género y convertir hasta las mayores extrañezas y singularidades en arraigadas costumbres.

— Hete seguido, Nerón, en todos tus pasos y acompañádotte con gusto en todos tus devaneos. Pero eso de meterte desde César á comediante y poner las tablas de tu teatro al nivel de las tablas de tu trono, paréceme cosa de algún riesgo y que debes mirar con algún cuidado, pues aquí por un quitame allá esas pajas, te suelen armar una conjuración y derribarte con furor en tierra.

— Algunas objeciones me han dirigido, pero helas escuchado como si oyera llover. Nosotros, los romanos, adolecemos de una verdadera barbarie cuando nos comparamos con los griegos. Así, mientras hemos honrado siempre á los legionarios, ellos honran á los actores. No puede ponerse dignidad alguna junto á la dignidad de poeta. Sófocles me parece á mí el mayor de los mortales y su oficio el primero de los oficios. Los dioses habrán hecho un sol; mas no han hecho un Edipo. Fuera y aparte de esto, la inmortal Atenas, divina casi por la divinidad de sus hijos, dióle á Sófocles cargos tan honrosos como las embajadas, y tan difíciles como el mando y ordenación de los ejércitos. El hijo de Milciades no creyó deshon-

rar nombre tal como el nombre de su padre cantando en los festines. Y si los dioses no se desdennan de tocar la flauta, ¿por qué de tal ministerio se desdennarían los patricios? No hay viejo militar en Roma que no haya sido en sus ocios, bajo sus tiendas, sobre los lechos de las comidas que impone cosa tan brillante y soberbia y afanadora como la victoria, en celebración de los triunfos de la guerra y del odio, á los cuales suceden los accesos del amor y de la poesía, unos arpistas, unos líricos, unos citareros, unos poetas, uniendo en armoniosas consonancias el verso con la música. Seamos actores.

— No digo que no; lo dices tú y basta. Si por un rescripto pones en predicamento los ejercicios de actor y sus papeles, dejarán las divinidades los altos del Olimpo y pisarán las tablas del teatro. Pero mírate mucho lo que haces. El patriciado latino cree humillantes los oficios todos de las tablas, y supone que si te resuelves á completar tu cargo de César con el papel de histrión es para desacreditarlos ante la conciencia popular y el concepto público, pues habrán de acompañarte allí cual te acompañan doquier te parece bien y se te antoja. Pon el oído á la escena para percibir cómo cantan; mas no diviertas y separes tu atención de cómo conspiran. Conforme van recibiendo mayores desacatos, se levantan á irreverencias más premeditadas y traidoras.

— Pues qué, ¿le vendrá de nuevas á los romanos el honor concedido por mí á sus actores? ¿No le dieron á Roscio mil dineros por día? El tragediante celeberrimo, que se llamara Esopo, después de haber derretido en festines enorme fortuna, ¿no mandó á su hijo veinte millones de sestercios en herencia? ¿No le llamó al mismo Roscio maestro de sus declamaciones Cicerón, como Syla, el mayor y más orgulloso de los patricios, le diera la tumbaga de caballero? César mandaba que no se levantara el trágico Accio en su presencia cuando se levantaban los patricios y los senadores. Lo que hubiera costado á cualquier aristócrata la vida, se le toleró al actor Pilades, que se tomaba libertades irreverentes con Augusto cuando representaba en su presencia el *Hércules furioso* dentro de su propio palacio.

— Todo eso es verdad. Cuidado que si me dices baila, yo bailo, aunque tropiece con todos los objetos; y si me dices canta, yo

canto, aunque te aturda la cabeza. Pero eso de representar ante un público, de divertirle con gestos, de regalarle con recitaciones, de saltar cuando quiera él que saltéis, de ser su juguete, cosa dura es que nunca te perdonarán los patricios. Cuantos ejemplos tú has citado, quieren decir que algunos grandes romanos subieron hasta el trono los cómicos, pero no lo rebajaron hasta nivelar el trono con el teatro.

— No te conozco, Tigelino, en esta cuestión que ahora tratamos y que controviertes con contradicción á lo pensado y dispuesto por mí, lo cual me maravilla y extraña, probándome cómo puede conocerse únicamente aquello que se ha vivido, y cómo no puede uno ser César sino siéndolo y ocupando el trono, desde cuyas cumbres se ven las cosas de otra suerte que las veis vosotros, como se ven los valles desde los montes cual no pueden verse dentro del valle mismo, y así también sucede con los montes vistos desde los valles.

— No quisiera, por Hércules, haberte molestado, Nerón. Mi suerte se liga con la tuya como se liga el parásito con el árbol. No podría vivir sin tu vida. El trono donde te asientas esme tan preciso como el suelo de que nutro mi cuerpo y que sustenta mis pies. Por eso me permito, en la confianza que te inspiro y en el cariño que me profesas, dirigirte algunas palabras de observación, á las cuales das ó quitas tu asentimiento, tú, el sol de los soles, el espíritu de los hombres, el dios de los dioses.

— ¿Por qué no arreglaría yo la escena, Tigelino, cual arreglo el mundo? ¿Por qué no me habrían de acompañar en ella los patricios, que tanto molestan á los césares en el Senado y que no les harán daño ninguno en el teatro? Yo me comprometo á que hagan dejación de su dignidad y se resignen al papel de histriones, pareciendo que sale de su voluntad aquello que les manda la mía. Haréles á todos las más ciertas promesas, no para seducirlos vanamente, para convencerlos con verdad de todas las dignidades y todos los honores que hay encerrados en el nobilísimo ejercicio de las profesiones artísticas y en el culto religioso á las bellas artes. Organizaré una compañía y le pondré por nombre Augustal. Si no piden los patricios libertades, ni soberanía, ni en el imperio participación, pidan cuanto quieran. Con tal que alaben esta voz mía, la

más clara y hermosa dada por el cielo á hombre alguno, lo demás impórtame bien poco. Un general no puede serlo sin ejército y un artista no puede serlo sin acompañamiento. El mundo goza de paz, y no ha menester, tanto cohortes de milites cuanto cohortes de cómicos. Aquéllos matan; recrean éstos. ¿No es una institución el Senado? ¿Por qué no habrá de serlo el teatro? ¿No hacen papeles de libres, cuando están ceñidos á mi trono por la cadena de su obediencia y de su miedo? Yo conozco lo difícil que es en Roma tener ya teatro. Tuviéronlo nuestros maestros, los griegos, porque no adolecían de la crueldad que á nosotros nos postra y envilece. Cuando un plato de setas emponzoña todo un imperio y sirve á cambiar de césares; cuando hay tragedias como la tragedia de mi madre Agripina en Bayas; cuando un Orestes de veras, tan superior á los Orestes fingidos, se pasea por el trono de la tierra; cuando tenemos un circo en que las batallas son reales y una grande naumaquia en que las gentes se ahogan de veras; cuando asistimos á las agonías y á la muerte de nuestros semejantes con tanta indiferencia como cuando asistimos á corrida y muerte de fieras, bajo los diluvios de la sangre caliente, sobre nuestro suelo estremecido, entre las nubes rojas que llenan los aires evaporados por la carnicería horrible que por doquier se dilata, el escenario de las tragedias fingidas queda desierto de todo interés y abandonado por completo del imperio y del pueblo. Yo resucitaré con todas mis fuerzas y con todos mis conjuros el teatro. Yo dividiré la juventud en dos clases: una que me acompañe á mí en las tablas; otra que se asiente al pie de las tablas y aplauda por obediencia suya y por mandato mío cuanto hagamos y representemos sobre las tablas. ¿No son mejores los cánticos de una tragedia fingida en el teatro que las agonías verdaderas de un moribundo real en las arenas? ¿No preferís el combate de las pasiones al combate de los gladiadores? Ya que nos ha obligado la necesidad ineludible de nuestra posición y de nuestra dignidad á consumir tantos sacrificios cruentísimos, estamos quemando la sangre, que siendo humana, es, por humana, nuestra también. Yo quiero alzar los ejemplos típicos de virtud y de honor ante los pueblos envilecidos. Yo me arrepiento de mis crímenes. Yo me purificaré con el arte y en el arte. Puesto que los dioses me han otorgado voz tan pura, inspiración tan grande, garganta de

suyo tan flexible, facilidad y destreza de pronunciación tan extraordinarias, una capacidad de ideas y una pasividad de memoria tan excelentes, que no lo pierda el género humano, pues todas estas cualidades se hallan reunidas en uno que bien puede pisar un teatro con el mismo desembarazo que pisa un trono, y ceñirse una corona de laurel con la misma facilidad que se ciñe una corona de oro.

— Hete seguido en todos los placeres, aun en aquellos que más riesgos encerraban y más valor pedían. Aún me duelen los palos que descargó sobre las sendas costillas de ambos un patricio picadísimo porque le requiriéramos de amores á su mujer. ¡Cuántas veces nos hemos visto en trance de ser arrastrados á las gemmonias por cualquier esbirro, que, desconociéndonos á causa de nuestros bien aparejados disfraces, nos ha creído, por encontrarnos en tabernas y en burdeles y en zahurdas y en pocilgas de todo género, borrachos y perdidos! Las cenas y las orgías en que nos hemos puesto de barro sucio hasta las cachas, no tienen á la verdad número; y los peligros á que nos hemos arriesgado, á la verdad no podrían medirse y apreciarse como valen á causa de su intensidad. Nada más hacedero para mí que representar á tu lado y en tu compañía cuanto me ordenen tus antojos. Pero no llegues á olvidarte, en el cuidado y atención á lo por mí dicho, que todo lo dicta un celo por tu bien y un menoscabo completo del mío propio. No quisiera verte de manera ninguna enfrascado en dificultades gravísimas con los patricios por cosas tan baladíes como las funciones teatrales. Pero, en cuanto á mí, comensal de tus cenas, camarada de tus correrías, compañero de tus juegos, salteador de ventanas en tus nocturnos paseos, esbirro de tus contrarios políticos, delator de cuanto mis orejas perciben opuesto á tu autoridad, ladrón si me mandas robar, asesino si me mandas acometer, verdugo de tus sentencias, enterrador de tus muertos, y si me mandas matarme, suicida consciente á tus mandatos, no te opondré ni la dificultad mínima de una objeción así que hayas decidido, resuelto y tomado las medidas supremas con los acuerdos definitivos, que, siendo tuyos, alcanzan carácter divino de leyes fundamentales.

— La virtud y fuerza que nuestros padres dieron á los espec-

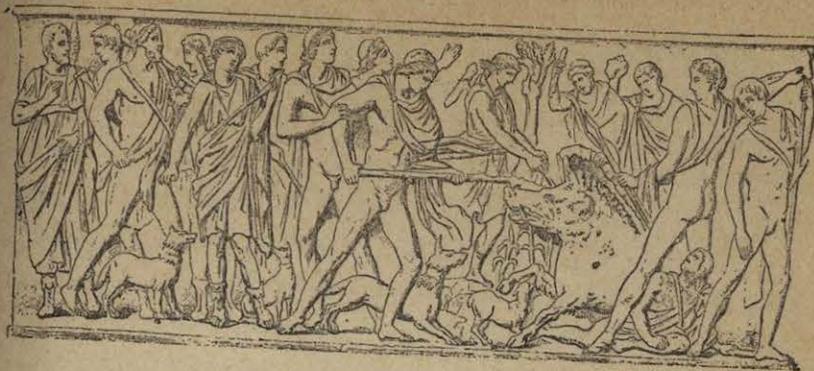
táculos, están demostradas con sólo traer á la memoria el apoyo alcanzado de las instituciones republicanas y las ordenaciones contenidas para su regularización en los códigos más antiguos. Después de haberles instituído Rómulo, prestáronles toda la pompa oriental posible los tarquinos, transportándolas de los etruscos, entre quienes las recogieron ellos á la Ciudad Eterna y á su antiguo Lacio. Confúndese tales fiestas con los orígenes primeros de nuestra ciudad y con los albores más lejanos de nuestro culto. Luego las hemos extendido al mundo entero, y el mundo las ha recogido y abrazado con igual fe y entusiasmo sincero que nosotros. De cien ciudades sitiadas se dice y cuenta cómo desguarnecieran las murallas á riesgo de caer bajo el enemigo los sitiados tan sólo por presenciar las corridas de fieras ó las batallas de gladiadores. Cien días han durado muchas fiestas, y no aparece tan mala como creen los gárrulos estoicos nuestros esta duración, cuando se considera que dentro de las fiestas se ha verificado la grande asimilación de las ideas, como se verifican las asimilaciones de átomos, según el pensamiento de Demócrito y los cantares de Lucrecio. El proscrito, á quien apenas importan las leyes nuestras y los debates del Senado, educa palomas correos que van á noticiarlo cómo se portara su esclavo en el combate, y cuál fracción, si los verdes ó los azules, ó los rojos ó los gualdas, venciera en las competencias del circo. Al Océano le arrancamos los cetáceos y los anfibios más colosales; al desierto los brutos más carniceros. La púrpura de Tiro no se gasta sólo en mantos para cubrir nuestros hombros; se gasta en toldos también para cubrir nuestros anfiteatros, ornadísimos por polvos de minio y oro, más caros que los pavimentos de pórfidos embutidos en ágatas que ornan los cesáreos palacios. No sólo llueven esencias y aguas olorosas sobre los convidados tendidos en las camas de nuestros festines; llueven sobre todo el pueblo romano, diluídas en los arroyuelos que refrescan las graderías unidas á las paredes colosales de las grandes fábricas levantadas para contener los espectadores innumerables y representar los juegos varios. Con ello no solamente se acercan unos á otros los espectadores innumerables que representan las razas varias del mundo; se ocupa el pueblo-rey en si representan mal ó bien los cómicos, y no se acuerda de si gobiernan mal ó bien sus delegados, los césares. Créete

que son indispensables tamaños regocijos al régimen imperial y á nuestros pueblos latinos. Calígula no era mejor que Tiberio. Y sin embargo, tuvo grande popularidad, y no los odios de su predecesor, á causa de que menudeó las fiestas, mientras que su predecesor no acudió á ninguna. Con unos cuantos gladiadores puedes matar á tu sabor cuantas libertades te incomoden y molesten. Hay que alimentarlo en los graneros y hay que divertirlo en los anfiteatros imperiales. Sin las fiestas que diera, nunca se hubiese granjeado Augusto su paz y la paz del mundo. Como no lo reunamos ante las arenás, se reunirá él ante nuestro Palatino, si no sube como sus progenitores al monte de las tempestades, y desde allí no se revuelve airado contra nosotros y nos declara la guerra. Un buen recibimiento del pueblo al César significa la renovación de su mandato y la sanción del viejo poder político. Y lo mismo sucedía en tiempo de la libertad. Los aspirantes á tribunos ya sabían que un aplauso del pueblo en los círculos apercibía y preparaba un voto del pueblo en los comicios esparcidos por el Campo de Marte. Cicerón se holgaba tanto con un aplauso en el Circo Máximo como con un aplauso en el romano Foro. Nosotros, los Césares, hemos aumentado la importancia de tales fiestas, é impelido el pueblo á celebrarlas. Más corazones ganó Augusto con sus espectáculos que con sus virtudes. Calígula se mantuvo, no en los hombros de sus pretorianos, en los hombros de sus gladiadores. La plebe manda en Roma y nosotros somos sus mandatarios; hay que divertirla impidiéndole así pedirnos cuenta del mandato. Casi un código compone la legislación legada por mis predecesores para componer y ordenar estos espectáculos. ¿Qué me importa un escritor de oposición cuyas obras nadie lee? Menos que un bailarín cuyos compases todo el mundo sigue y aplaude. Corte y cohorte son gladiadores, titiriteros, magos, decidores de la buena ventura, gimnastas, atletas, quirománticos y todos los demás pertenecientes á sus clases y á sus oficios. Mi predecesor Claudio se carteaba en el teatro con la muchedumbre. Cogía sus tablillas de cera y trazaba renglones de felicitación entusiasta, que luego circulaban de mano en mano. Rarísima vez á los heraldos apelaba en sus comunicaciones con la gente de lindeza; levantaba su voz hasta donde podía, haciendo gran chacota y hablando con afluencia extremada. Traía el

movimiento de dedos análogo al que traían las gentes del pueblo, al sacar las cuentas de los ases que por sus premios tocaban al vencedor y de las apuestas que se hacían en torno suyo. Cuando tomaba partido por unos vejaba con dichos y bromas á los otros, como pudiese hacerlo el último plebeyo; pues la libertad reprimida en todas partes y de todas partes ausente, habíase refugiado, no allende las aguas del Rhin, como dice Lucano en sus fervores por nuestros enemigos, dentro del circo, en los combates de gladiadores y de fieras. Y para convencerse de cómo reina el pueblo en los espectáculos, no hay sino acordarse de cómo impone su gusto y su parecer á gritos. «Que representen tal comedia,» dicen muchos en vocerío tormentoso. Pues no hay otro remedio sino representarla. «Que vengan á morir tales ó cuales gladiadores,» pues los mandamos á la muerte. «Que á tal combatiente, muy atractivo y bello, se le saque del estadio y se le conceda la vida,» pues se le saca del estadio y se le concede la vida. «Que á un criminal redomadísimo, condenado á ser comido de las alimañas feroces, se le perdone,» pues se le perdona. Y como sabes, no se limitan á pedir cosas tocantes al circo, piden también cosas tocantes al Estado, y no hay más remedio que concederlas. Es costumbre antigua entre los soberanos de Roma no resistir á demanda ninguna de la plebe, cuando se les dirige con insistencia y con unanimidad en el circo. ¡Cuántos reos de lesa majestad lo han sido por voluntariedades sólo del pueblo, y cuando han querido los Césares deshacerse de alguien, cómo han hecho que pidiesen sus cabezas las turbas exaltadas! Decid cualquier atrevimiento en los bancos de las calles, daréis con vuestro cuerpo en los gemmonías; decidlo en el circo, todo será perdonado. Mucho nos cuestan semejantes festividades, pero mucho nos reportan. Retenemos con su fuerza estética y con su arte sumo á este pueblo que de otra suerte se desasiría de la indispensable obediencia. Así yo creo que no existe para mí ningún instrumento de dominación parecido al gusto que habrá de procurarle á mi pueblo verme rodeado de mis caballeros y de mis artesanos en plenas fiestas, ora tañendo la cítara, ora declamando la tragedia, ora corriendo en un carro de marfil por los estadios hasta tocar la meta, ora luchando si es preciso como un gladiador ó poniéndome ante sus ojos desnudo en actitud estética de verdadera

estatua. Me admirarán como á un dios. Se convencerán de que compito por mi voz con Apolo y por mi tañer con Orfeo. Verán que no sólo tienen el primero de los césares en mí, sino que tienen también el primero de los poetas y el primero de los músicos. Y así dominaré á Roma, hecho el mundo un gran escenario, la humanidad un gran público, el trono un tablado, el César un actor, la vida común y vulgar una epopeya. Tigelino, habrán de aplaudirme, á más de obedecerme.

—Hágase—dijole Tigelino—tu omnímada voluntad.



CAPITULO XVII

EL ARTISTA EN EJERCICIO

Nerón puso por obra todo cuanto meditara desde la muerte de Agripina y todo cuanto dijera en sus habituales conversaciones y diálogos: completar la paz del mundo con la religión del arte; y como censor, pontífice, cónsul, tribuno supremo, aparecer ante los ojos del mundo supremo artista. No había ningún magistrado sobre sus magistraturas; imposible hubiese ningún poeta sobre su poesía. Nadie estaba como él de autorizado ante los altares de los dioses, por sumo sacerdote del culto pagano, y nadie tampoco debía estarlo ante los altares de las musas. Llevaba en sus manos sin fatigarse cosa tan pesada como un cetro; bien podía llevar cosa tan ligera como una cítara. La corona de laurel cuadraba mejor á sus sienes que la corona de oro. Un teatro le honraba y enaltecía más que un trono. Así figurábase la vida como una tragedia, el mundo como un escenario, su corte como una compañía de cómicos, su mayor título al imperio el carácter de actor primero y músico y poeta y épico y cochero y farsante. Así, descuidando por completo la gobernación del mundo, que á su antojo y capricho marchaba, consumió el tiempo de su vida en continuados ensayos de obras, la mayor parte por él improvisadas y otras por sus cofrades y compañeros cedidas. Como esto á muchas gentes sorprendiera y escandalizara, Nerón comenzó la carrera que se proponía emprender, en recatadísimas pruebas, las cuales ensayaba dentro de